

BX1751

.A1  
W4  
v.6

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

## PARTE TERCERA

### LA DOCTRINA DEL CRISTIANISMO SOBRE LA FORMACIÓN Y LA EDUCACIÓN

#### CONFERENCIA XIII

##### LA FORMACIÓN DE LA INTELIGENCIA

1. **La creación del hombre por la infusión de la inteligencia.**—Los artistas y los estéticos no cesan de afirmarnos que el arte es una manifestación de entusiasmo divino. No nos cuesta trabajo creer esta afirmación, ya que encontramos en ella una explicación fácil, por el hecho de ser tan restringido el número de verdaderos artistas y de verdaderos creadores de obras maestras.

Por lo contrario, sentimos grandísima estimación por cada obra que lleva el sello del verdadero arte, y hasta cierta veneración, por no decir casi temor sagrado. El pintor, el arquitecto y, particularmente, el escritor, el poeta y el orador, tienen sobre sí una empresa tan sublime como llena de responsabilidades, pues deben expresar las verdades más profundas y los más sublimes pensamientos, de una manera comprensible para todos, á fin de entusiasmarlos y ennoblecerlos; deben ser verdaderos profetas de Dios. Nunca deben ponerse al trabajo, sin haber imitado al ángel del arte, á Fra Angélico, que no cogía nunca el pincel sin sentirse conmovido por el espíritu de Dios, después de haber orado en el más profundo recogimiento. Si los discípulos del arte, los maestros de la palabra y de la pluma, trabajasen siempre para manifestar al mundo lo que su inteligencia ha visto, después de haberse elevado á Dios, el

008977



arte no sería lo que desgraciadamente es en la mayoría de los casos: uno de los medios más refinados de seducción, sino que sería lo que debe ser, un medio de acercarse la tierra al cielo.

Por esto repetimos de nuevo que las verdaderas obras de arte son tan raras, porque es muy corto el número de artistas que procuran unir—la mayor parte ni siquiera se cuidan de ello—el espíritu de Dios con la belleza sensible, para hacer con ellos una sola y viviente unidad. Allí donde solamente reina un destello de verdadero arte, la humanidad experimenta algo, algo así como si el espíritu de Dios la conmoviese, y le permitiera lanzar una mirada al cerrado Paraíso.

No decidiremos la cuestión de saber si estas elevadas condiciones se realizaron completamente en las pinturas maravillosas de la *Creación* de Miguel Ángel; pero confesamos que hemos comprendido perfectamente la importancia del expresado pensamiento al contemplar estas mismas obras maestras. No parece sino que algo de aquel espíritu que hacía hablar al profeta de Dios sobre la creación, con una energía inimitable y una sencillez incomparable, se apoderó también del artista, cuando emprendió la tarea de exponer visiblemente á las miradas de los hombres aquel acto de Dios.

He aquí el cuerpo del primer hombre sobre esta tierra de la cual fué formado. Está terminado, y, sin embargo, no es nada. Cada uno de sus rasgos proclama la habilidad maravillosa de la mano de Dios, y, no obstante, no ha experimentado aún los efectos de su soplo vivificador. Este cuerpo es perfecto en cuanto á la forma, pero está vacío; tiene una hermosura sorprendente, pero está inmóvil, semejante á una belleza muerta en la flor de su juventud, semejante á la incompleta vida de la flor que se cierra durante la noche, al hombre abrumado de sueño, que trata en vano de despavilarse y que inútilmente procura esclarecer sus pensamientos,—imagen sorprendente de esas creaciones artísticas, á las cuales no falta más que

la vida, porque el artista no ha olvidado darle sino una sola cosa: el espíritu.—Pero he aquí que viene sobre las alas de la tempestad el Señor de la vida, el Padre de los espíritus, <sup>(1)</sup> y apenas toca su dedo lo que estaba privado de luz y de vida, apenas le reanima su soplo, cuando este ser se levanta en plena posesión de sí mismo, y se alza lleno de arrogancia y nobleza sobre la tierra, como dueño del mundo é imagen de Dios; en una palabra, como alma viviente. <sup>(2)</sup> La creación está realizada. Dios descansa entonces del trabajo que ha hecho, <sup>(3)</sup> porque el espíritu que ha salido de Dios se ha unido á la naturaleza, y, por él, vuelve al corazón de Dios todo lo que salió del Divino Verbo cuando sigue su destino.

**2. La antigüedad sin vida intelectual.**—Tal es la historia de los principios de la humanidad. Tal es también la historia de origen del Cristianismo, ó, lo que es igual, de la restauración de esa misma humanidad.

El que examine la situación del mundo en tiempo de los Césares, verá levantarse involuntariamente ante sí la imagen de un cadáver que espera un soplo vivificador. Aquí no queda vestigio alguno de aquella belleza pura y sin mancha del cuerpo todavía inanimado de Adán, sino que tenemos ante los ojos un cuerpo cubierto de heridas, de asquerosa lepra y roído ya por la podredumbre. Con horror nos desviamos de él. No dejamos de conocer que, aun en ese triste estado, aparecen en el mismo algunos rasgos de su grandeza y fuerza pasadas. Estos rasgos nos dan á conocer claramente que el todo ha venido á ser presa de una decadencia terrible. Una sola cosa nos consuela, y es que el último vestigio de la vida no ha desaparecido aún. Recordamos involuntariamente la imagen de Adán, tal como el artista lo representa. Aun no tiene, es verdad, espíritu, pero sí parece abrigar un presentimiento de que la aurora de la vida va á elevarse muy pronto para él; está

(1) Hebr., XII, 9.

(2) I Cor., XV, 45.

(3) Gen., II, 2.



inerte ante nosotros. Sin embargo, la vida y el espíritu no están tan alejados de él, que no trate de alcanzarlos.

Esta no es una arbitraria opinión nuestra. En tiempo de Jesucristo, los espíritus serios describen de manera análoga la situación del mundo de entonces. No vivimos, dicen; queríamos vivir, y no encontramos medio para vivir. Si una mano misericordiosa y un dedo vivificador no se extienden hacia nosotros para levantarnos, es preciso renunciar á la vida. <sup>(1)</sup>

Con todo, no veían su situación al través de prismas demasiado oscuros, ni exageraban exponiendo así su situación. Las horribles palabras con que da principio la historia de la civilización de la humanidad caída, las terribles palabras de Dios: «Mi espíritu no debe vivir eternamente en el hombre, porque es carne», <sup>(2)</sup> son á la letra el programa de la historia universal hasta Jesucristo. Si las palabras de la Sagrada Escritura han tenido siempre exacto cumplimiento, como se confirma por la historia de miles de años, en esta ocasión su testimonio es irrecusable. El espíritu de Dios se retiró cada vez más de los hombres, y, en la misma proporción, la carne continuó corrompiendo sus caminos sobre la tierra. <sup>(3)</sup> Pero el espíritu del hombre es inmortal, y no hay corrupción alguna que pueda apagar por completo esta centella divina. Sin embargo, la humanidad ha comprendido perfectamente, al sumergir á este espíritu tan profundamente en las cosas terrenas, que ha merecido con razón verse calificada por el espíritu de Dios con el censurable dictado de espíritu de la carne. <sup>(4)</sup>

Ciertamente, estamos muy lejos de desconocer las grandes acciones de los antiguos héroes, así como los esfuerzos intelectuales de los pensadores antiguos; pero toda acción, toda producción intelectual, aun las más grandes, no pueden

(1) V. *Tom. IV, conf. XX, 6.*

(2) *Gen., VI, 3.*

(3) *Gen., VI, 12.*

(4) *Numer., XVI, 22; XXVII, 16. Job, XII, 10.*

tener estabilidad y vida verdadera, sino por consecuencia de miras más elevadas. No es el trabajo que se ejecuta, pero sí el fin que uno se propone con él, lo que decide de la importancia y valor del mismo. Ahora bien, si preguntamos los motivos que han determinado á esas antiguas grandezas tan celebradas á arrostrar tantos peligros, y con qué objeto han hecho tan grandes esfuerzos intelectuales, y llevado á cabo tantas acciones heroicas,—no podemos nada contra la verdad,—encontramos á este propósito poco que nos consuele y nos eleve. El móvil que casi siempre hace obrar á estos hombres, móvil que no tratan de ocultar, si no es un vil deseo de lucro ó de dominación, por lo menos es una baja ambición; tal es el espíritu que anima constantemente sus trabajos y sus sacrificios. El más poderoso impulso que conocen, consiste en apropiarse la tierra; el mayor vuelo que toman, es para que su nombre sea conocido en todo el mundo.

Viviendo sobre la tierra, arraigados en ella con harta frecuencia, por desgracia, como enterrados en la misma, alentando únicamente para la tierra, y no aspirando á otra inmortalidad que á dejar aquí un pequeño recuerdo de sí mismos, no conocen más que la tierra, no piensan más que en la tierra, sólo buscan la tierra. Viven sobre ella, hacen en ella su nido y están contentos de ella. No tienen más que burla y desprecio para cualquiera que busque otra cosa más grande y elevada. «¿En qué piensan, pues, estos cristianos?—esclama Cecilio, el desabrido pagano.—¿Personas hay que apenas comprenden la vida terrena y piensan seriamente poder comprender algo de lo sobrenatural! ¡Oh, cristianos insensatos, si tenéis solamente una chispa de inteligencia y el más pequeño sentimiento de honor, abandonad esas ilusiones! ¿Por qué escudriñáis todos los rincones del cielo y de la tierra? ¿Qué más necesita el hombre que la tierra que tiene bajo sus pies?» <sup>(1)</sup>

Tal es la expresión fiel y verdadera del espíritu que animaba al Paganismo, si es que la palabra espíritu puede

(1) *Minucius Felix, Octav., 12.*



aplicarse aquí. Si los mismos paganos confiesan esto, ¿debemos nosotros elevarlos á una altura en la que ni siquiera pensaron? ¿Es injusto, pues, negarles la vida según el espíritu? Si se tratase de un espíritu terrenal, carnal, perecedero, no tendríamos dificultad en concedérselo. El que les atribuye un espíritu más elevado, puede preguntarse á sí mismo lo que significa la palabra espíritu. ¿Cómo hubieran sonreído los antiguos viendo los ensayos que sus adoradores actuales hacen para atribuirles una gloria, á la que ellos mismos no aspiraban! El único que tuvo el presentimiento de lo que es el espíritu, y lo que el mismo espíritu debe y puede hacer del hombre, es, á nuestro juicio, Platón. Y aun este solo hombre no sabe repetir, hablando del espíritu, tal como aprendió á conocerlo en derredor suyo, más que estas solas palabras humillantes—y constituyen el pensamiento más sublime al que la antigua filosofía ha podido elevarse:—«Este espíritu está encerrado en la carne como en una prisión.»<sup>(1)</sup>

Vida que no es vida, según el espíritu, pero sí un hundimiento de éste en las cosas terrenas, todo lo más un débil deseo del mismo de verse libre de la prisión de la carne en la cual gime; he aquí todo lo que encontramos como resultado de la más alta civilización del mundo que precedió á Jesucristo.

**3. La prueba está en la educación antigua.**—Sin duda, es este un juicio duro, pero está confirmado por los hechos. No tenemos más que lanzar una mirada al terreno en que esta cuestión puede, con mayor seguridad, decidirse. En ninguna parte se ve más claramente el espíritu que anima á una sociedad ó á una época, que cuando se examina lo que ésta considera como formación intelectual, y la manera de ordenar, según esto, la educación.

Hablamos de la educación y de la formación del espíritu. Una educación que no tienda á formar el espíritu, y, por consiguiente, un simple adiestramiento para desen-

(1) Plato, *Phædo*, 29, p. 82, e.

volver la fuerza y la agilidad físicas, ó para hacer un buen soldado, no merece el nombre de educación.<sup>(1)</sup>

Tal era el género de educación á que estaban sometidos los niños en las famosas escuelas persas, primeros establecimientos de educación colocados bajo la vigilancia del Estado. Apenas se hacía mención de una instrucción propiamente dicha en las ciencias. Los persas no pensaban en la formación moral más que los otros pueblos de la antigüedad. En realidad, no se ocupaban más que de tres cosas: enseñar á los niños á ser buenos caballeros, á tirar con seguridad, y hacerles perder la inclinación á la mentira, vicio nacional conocido desde la más remota antigüedad.<sup>(2)</sup>

En Esparta, la supuesta educación era quizás aun más inferior. Sin duda, hoy más que nunca, se pondera la educación maravillosa de esta ciudad. Dícese que ella ha sabido formar espíritus libres y un pueblo vigoroso. Parece que los esfuerzos hechos con el fin de educar valientes soldados para el Estado inspiraron á Licurgo medidas que no pueden menos de llamarse excelentes, si es que el hombre no tiene sobre la tierra una fe más elevada que la de pelear y hacer pelear. Y aquí precisamente es donde podemos observar mejor la manera como el espíritu se aviene con semejantes métodos de educación. No bastaba que este método de educación rompiera los lazos más sagrados de la familia, ni que se valieran, para endurecer á los niños, de medios que no pueden menos de llamarse crueles, sino que los inducían al robo, á la mentira y á toda clase de maldades, únicamente con el fin de hacerlos industriosos para la guerra, y para que defendieran ventajosamente los intereses de la patria.<sup>(3)</sup> Para obtener una raza valiente, llegaban hasta el extremo de obligar á las jóvenes,<sup>(4)</sup>—cosa que no podría creerse, si no fuese atesti-

(1) Cf. Xenoph., *Cyrop.*, 1, 2, 2.

(2) Herodot., 1, 136, 2. Strabo, 15, 3, 18. Xenoph., *Cyrop.*, 1, 2, 6 y sig. *Expedít.*, 1, 9, 3 y sig.

(3) Plutarch., *Lycurg.*, 17, 4.

(4) Theocrit., 18, 22 y sig. Plutarch., *Lycurg.*, 14, 3 y sig.



guada por testimonios auténticos—y á las mismas mujeres, <sup>(1)</sup> á hacer gimnasia en público, y esto á la manera griega, y militarmente. Difícil sería imaginar un desconocimiento mayor de los fines que la educación debe perseguir y de los derechos que concede. Esta ceguedad acarreó males, de los cuales es mejor no hablar. Los otros griegos, que, sin embargo, no eran demasiado delicados desde el punto de vista moral, dicen con horror que todo se podía encontrar entre los seres educados según la manera de educar empleado para las jóvenes y las mujeres espartanas, excepto el espíritu de castidad virginal, la modestia femenina, y las virtudes domésticas. <sup>(2)</sup> Sólo Domiciano era capaz de entusiasmarse con tal degradación del sexo femenino. <sup>(3)</sup> A la pedagogía moderna estaba reservado introducir de nuevo este extravío incomprensible en toda su extensión.

De ordinario, la antigüedad fué más exigente en materia de educación. Pero en todas partes ateniase á concepciones muy oscuras sobre este asunto, y á débiles deseos para obrar mejor que Esparta.

Esto se aplica particularmente á Atenas. Si preguntamos cuál era el ideal de formación intelectual que allí perseguían, no deberemos concebir muchas ilusiones, para que no sea más grande nuestra decepción. Uno de los hechos que mejor idea nos ofrece de lo que era la realidad, consiste en que el primer hombre de Estado de Atenas, y uno de los espíritus más poderosos de la antigüedad, Pericles el Grande, descuidó completamente la educación de Alcibiades, el joven mejor dotado de todos los de Atenas, y que le había sido confiado como pupilo. <sup>(4)</sup> Encargó este cuidado á un esclavo, á un extranjero despreciable, al tracio Zopyro, que ya no podía servirle, á causa de su avanzada edad. <sup>(5)</sup>

(1) Aristophan., *Lysistr.*, 82. Xenoph., *Laced.*, 1, 4.

(2) Plato, *Leg.*, 1, p. 637, b. 6, p. 781, a. b. Aristotel., *Rhetor.*, 1, 4, 6. *Polít.*, 2, 6, 5. Euripides, *Andromache*, 595 y sig. Juven., 6, 252. Corn. Nepos, *Præf.* Diodor., 1, 81, 7.—(3) Sueton., *Domitian.*, 4.

(4) Plato, *Alcibiades*, I, 14, p. 118 e.

(5) *Ibid.*, I, 17, p. 122, b. Plutarch., *Lycurg.*, 16, 5.

No es de extrañar, pues, que Sócrates dijera de este joven que carecía de educación é instrucción, á pesar de tener ya veinte años, y eso que era su discípulo predilecto. <sup>(1)</sup> Plutarco da como regla general lo que aquí se dice del más grande de los griegos, á saber, que ordinariamente era el más incapaz de todos los esclavos, ó uno de los que más costaban de alimentar á su dueño, el que se escogía como preceptor por motivo de economía y por indiferencia. <sup>(2)</sup> Sin duda, la ley ordenaba á todo ateniense educar á sus hijos para hacer de ellos buenos ciudadanos. <sup>(3)</sup> Pero ¿cuál debía ser el pensamiento del vulgo sobre este asunto, cuando el mismo Platón, que había reflexionado sobre la educación de la juventud más que todos los atenienses juntos, y que proponía como fin de la educación, no una apariencia externa, pero sí una apreciación real y verdadera de la virtud, <sup>(4)</sup> resume en dos palabras lo que le concierne: «La gimnasia para la formación física, y la música para la formación intelectual?» <sup>(5)</sup> No podemos abstenernos de decir que estas bellas palabras sobre la formación intelectual son frases vacías. En realidad, á pesar de todos los filósofos y de todas las escuelas de filosofía, la formación física por medio de la gimnasia, de la lucha, de la carrera, de la natación, á la cual se unía un poco de música y de cuentos, absorbía en Atenas todos los cuidados y todos los momentos.

No en balde los griegos han venido á ser los favoritos y el ideal de nuestros supuestos hombres instruidos. Bien puede decirse que en aquel pueblo de superficiales apariencias, bastaba que uno se presentase como bailarín benemérito y como declamador elegante, dotado de gran habilidad de lenguaje y de espíritu pronto para la réplica, para gozar inmediatamente de la reputación de hombre distinguido é instruido. De esto se deduce que, ante todo,

(1) Plato, *Alcibiades*, I, 18, p. 123, d.

(2) Plutarch., *De liberis educ.*, 7.

(3) Plato, *Crito*, 12, p. 50, d.

(4) *Id.* *Republ.*, 3, p. 402, b. y sig.

(5) *Ibid.*, 2, p. 376, c.